

Tres cuentos

MARTHA DUEÑAS

Nada pasará

A Daniel, por el desierto florecido

No va a dejar de llover, seguirá escuchándose el barullo de los caracoles pequeños. Los ríos no perderán sensualidad. Ni su paso múltiple arriba en el Amazonas y el Orinoco. Los niños seguirán jugando. En su permanente vuelo las mariposas pintan el firmamento, o están prendidas en una rosa. Los amigos riéndose entre la borrachera de los navíos. El mar sin cambiar su cadencia ni su voz desde la arena, hasta el manglar. Simplemente, nada pasará. La música no se deja de sentir. Las flores no pierden su perfume, y las estrellas siguen la ruta hacia la Aurora.

El color de la piedra será el mismo, Keops no se derrumbará. Ni el Nilo se va a secar. Los teatros y cines cumplen con sus carteleras. ¿Habrà otro crack en Wall Street? El desierto, sin florecer, seguirá siendo oro en paisajes de dunas. Eros como imagen del amor y del deseo, Isis como Heva, Nueva York como la órbita del mundo. Borges el gran maestro de las palabras y las ideas. Y las amadas voces volverán a caer en arenas doradas.

Las Nieves Eternas no se derretirán. Ni los bosques perderán su verdor, y entre sus ramas el crepúsculo frasea el silencio. Mis amigos poco a poco me olvidarán. Y nada pasará.

Mi hija querrá que su hija sea como yo, y tratará de deletrear el poema del Verbo oculto perceptible en la sinfonía del Universo, va a recibir las enseñanzas jerárquicas de los círculos del Amor Divino, y verá las Esencias que se esparcen en el mundo. En el cosmos perpetuo se suceden los eclipses. Los ruidos no se silencian y a Wagner alguien lo escucha.

Sólo tú llorarás.

Libre de mi cuerpo, me escaparé en los abismos de la atmósfera. Entre vuelos de hojas y enjambres de pájaros asusta-

dos. Con mi cara vuelta al cielo esperaré la Purificación astral para continuar con la ascensión celeste.

Solo tú me verás. Y cuando retorne, pasado ese sueño etéreo, tú me encontraras en los bosques de robles de tu fuerza.

Imágenes

La tarde se puso fría y había humedad en el aire. El viento sacudió los árboles en el momento en que los pájaros se acomodaban sobre sus nidos. Revolotearon. Era la hora de dormir, el sol así lo anunciaba. Tomé mi chal y salí a pasear. Las magnolias con su suave aroma la hacía más placentera.

Difícilmente se ve la Kentia a través de la ventana, -el polvo acumulado formó una capa opalina-; junto a ella la seductora escultura que me hiciste volvió a llamar mi atención, redonda, cálida, suave, sensual; siempre desée tenerla. Pensé, si su lugar sería otro, ése, aquél. La moví con los ojos por toda la casa, de espacio a espacio, de mesa a piso, junto a esto, o sola; ése era su lugar. La abandoné pero sin dejar de verla, como cuidándola. Ya no me agredía, ahora sólo recordaba cuando me identifiqué con ella.

La casa no fue siempre así, pero llegaron los años y los dejé pasar. Se mantiene limpia pero sin encanto; como cuando uno se abandona y se deja en desorden. Las habitaciones evocan épocas pasadas de fiestas y risas. Luces, el tintineo del hielo contra el vaso, y el dulce sonido de la amistad. Perfumes, humo y alegría. Es mágico recordar. Siento cómo penetro en el tiempo, una sensación de placer me invade. Respiro profundo, hondo, a pausas y quedito.

¿Cuántos recuerdos extraviados? ¿Cuántos años idos, o ganados? ¿Cómo recuperarlos? ¿Necesitaré otra vida? Las azuleas se agitaron con el aire; hablé con ellas. Les dije que cuando las bañara les pondría a Wagner o Vivaldi; las cultivé con música. También con Gorostiza: "Iza la flor su enseña, agua, en el prado. ¡Oh, qué mercadería de olor alado! / ¡Oh, qué mercadería de tenue olor! ¡Como inflama los aires con su rubor! / ¡Qué anegado de gritos está el jardín! ¡Yo, el heliotropo, yo! ¿Yo? El jazmín. / Ay, pero el agua ay, si no huele a nada. / Tiene la noche un árbol con frutos de ámbar; tiene una tez la tierra, ay, de esmeraldas... y, con Huidobro, como a mi hija. ... Y ahora mi paracaídas cae de sueño en sueño por los espacios de la muerte...

Había viento. Retorné a la estancia. Ya no era agradable la tarde, y tú me seguías viendo, siempre ahí. Tan próximo y lejano, tan tú. Tomé la escultura. La amaba, no sólo por lo que había sido; tú y yo. Era magnífica. Con una rabia muy adentro de mí ser la arrojé contra el piso, un grito de dolor salió de mi pecho y recobré mi espíritu que se había extraviado. Rescaté la razón, mi paz, la concordia. La fe en mí.

Mi paracaídas se enredó en una estrella apagada que seguía su órbita concienzudamente, como si ignorara la inutilidad de sus esfuerzos... / Tengo tanta necesidad de ternura, besa mis cabellos, los he lavado esta mañana en las nubes del alba y ahora quiero dormirme sobre el colchón de la neblina intermitente...

La Bernarda

Cuando entré, la oscuridad me impidió ver lo que me rodeaba. Poco a poco me fui acostumbrando a las sombras, los sonidos. Cerca de mí, un tecolote me observaba. Un Águila quieta con sus alas en vuelo estaba parada sobre una rama. Chupamirtos secos engalanados con listones de colores. Serpientes retorcidas colgaban del techo. Me arrepentí de estar ahí, y sola. El olor era insostenible. En las paredes negras, ya pintadas por el humo del carbón de mucho tiempo, pude ver la imagen de la Virgen de Guadalupe, otra del Santo Niño de Atocha. Me tranquilicé. Canastos, amuletos, fetiches, más animales disecados, bolsas de papel, un ramo de claveles rojos, otros blancos, yerbas de pirul y otras que no pude reconocer. Varios atados de ramas secas. Dos sacos de carbón, una silla desvencijada y un banquito en el que me senté. Junto a mí, una mesa quemada que sostenía una canasta con huevos blancos, pero sucios de pastura y excremento. Una cabeza de gato sobre un platón. Unas tijeras, una espada; una caja de cerillos, un mazo de barajas españolas y un florero.

Una puerta, ninguna ventana. El techo era de paja por donde se colaba el frío en un paraje de Tepoztlán. En el piso de tierra, casi al centro del cuarto, un anafre con carbón ardiendo.

La Bernarda, una mujer de cabellos blancos, envuelta en un rebozo que le cubría la mitad del cuerpo, parte de la cabeza y la cara, dejando ver los ojos enrojecidos y viejos, entró dejando la puerta ligeramente abierta, esto permitió que el lugar se iluminara como un haz de luz, y el aire encendiera el carbón sacándole chispas como luces de bengala.

Me sobresalté al verla, me arrepentí de haber ido, y sola. ¿Y si me embruja? ¿Y si me pide más dinero y no tengo? ¿Y si me mata? Nadie que va a ver una bruja lo dice, nadie que va a hacerse una limpia lo cuenta, así que nadie sabrá si muero. ¡Diosito, que no me note que tengo miedo! Con sólo pedirlo me quedé más tranquila.

—Me recomendaron con usted: vine temprano para que me atendiera. Sabe, me urge, ando muy mal. En todo me va mal. Me dijo Otilia Ramos que usted es magnífica, que todo lo compone; o que si quiero... también lo puede descomponer; usted me entiende. Que todo es arreglarme en el precio. Que usted puede hacer lo que yo desee. Que usted puede todo. Yo la necesito. ¿Me puede ayudar?

Me llevé al centro del cuarto, me puso donde estaba el anafo prendido, le arrojé mirra, copal, alhucema, cáscaras de huevos, yerbas secas, plumas, huesos. Salió un humo muy negro y de un olor pútrido. Prendió un círculo de fuego tan ancho que abarcaba toda la habitación. Ahora vestía ropajes rojos y un rebozo enrollado en la cabeza a manera de turbante. Su cara era terrible. Los dientes le rechinaban rabiosamente; se retorció entrelazando las piernas como ramas de sarmientos. Los ojos quemaban, las manos semejaban garras, el vientre se le hinchó como si se fuera a reventar y de su boca emanaba un silbido como pito de locomotora. Tomó la espada, cortó el fuego con ella, hizo signos en la tierra del piso. Me sentí desmayar. Un vaivén constante movió mi cuerpo, me hizo girar, creo que hasta volé, pisé la tierra más firme adhiriéndome para no caer. El círculo de fuego se extinguió. Cesaron los ruidos. Mi cuerpo dejó de moverse, me quedé quieta en espera de sus instrucciones. Rezó.

—¡Oh forma de todas las formas! Athaes, Soluman, Erminatos, Pasein. Alma, espíritu, armonía de todas las cosas. ¡Oh Tapsaner, Isnai, Notapelus! Consérvala, protégela, condúcela y líbrala de los espíritus malos que la asedian constantemente. Amén. Diciendo esto dejó de danzar en mi alrededor. Pegó un grito, los animales se alborotaron y giró y giró.

Me reconoció, más bien distinguió su trabajo. Al mirarme lo supo, al mirarla yo supe que ella me tenía así. Nos reconocimos. Corrí, atranque la puerta. ¡Jamás volverás a salir! ¡Jamás volverás a hacer daño! Nadie sabía que estuve ahí. Nadie que va a ver una bruja lo dice. Nadie que va a hacerse una limpia lo cuenta.

El sol calentó mi cuerpo mientras veía a lo lejos el humo que se extendió por toda la región. 🍷